Salmos diarios, Ciclo I, Año Impar. Explicados

VI Semana del Tiempo Ordinario

Lunes

Salmo 49

Te ofreceremos, Señor, sacrificios de alabanza. La Eucaristía es el perfecto "sacrificio de alabanza", la glorificación más elevada que sube de la tierra al cielo, "la fuente y cima de toda la vida cristiana, en la que los hijos de Dios ofrecen al Padre la víctima divina y a sí mismos con ella" (cf. LG 11).

En el Nuevo Testamento la carta a los Hebreos nos enseña que la liturgia cristiana es ofrecida por un "sumo sacerdote santo, inocente, incontaminado, apartado de los pecadores y encumbrado por encima de los cielos", que ha realizado de una vez para siempre un único sacrificio "ofreciéndose a sí mismo" (cf. Hb 7, 26-27). "Por medio de él -dice la carta-, ofrecemos a Dios sin cesar un sacrificio de alabanza" (Hb 13, 15). Así queremos evocar brevemente los temas del sacrificio y de la alabanza, que confluyen en la Eucaristía, *sacrificium laudis*, sacrificio de alabanza.

"La Eucaristía es, por encima de todo, un sacrificio: sacrificio de la Redención y al mismo tiempo sacrificio de la nueva alianza, como creemos profesamos: "El sacrificio actual es como aquel que un día ofreció el unigénito Verbo de Dios encarnado, es ofrecido, hoy como entonces, por él, siendo el mismo y único sacrificio" (carta apostólica Dominicae Coenae, 9).

La Eucaristía es un sacrificio de alabanza. Esencialmente orientado a la comunión plena entre Dios y el hombre, "el sacrificio eucarístico es la fuente y la cima de todo el culto de la Iglesia y de toda la vida cristiana. En este sacrificio de acción de gracias, de propiciación, de impetración y de alabanza los fieles participan con mayor plenitud cuando no sólo ofrecen al Padre con todo su corazón, en unión con el sacerdote, la sagrada víctima y, en ella, se ofrecen a sí mismos, sino que también reciben la misma víctima en el sacramento" (Eucharisticum Mysterium, 3).

Cada uno de nosotros estamos llamados a ser eucaristía itinerante, prolongando este sacrificio de alabanza en cada momento de nuestra vida: haciendo cada día la voluntad del Padre, muriendo a nuestro modo de pensar y actuar. Así, nuestra vida tendrá olor al sacrificio grato a los ojos de Dios, como lo llama san Pablo: "sacrificio vivo, santo, agradable a Dios que es nuestro culto racional" (Rom. 12:1). Que hoy sepamos prolongar en nuestra vida la Eucaristía que estamos celebrando, que podamos decir: *Te ofreceremos, Padre, un sacrificio de alabanza.*

Padre Félix Castro Morales

Fuente: http://parroquiadelasoledad.org/ (Con permiso a homiletica.org)